

MI MISIÓN EN UN SALÓN DE CLASES, A TRAVÉS DE UNA PANTALLA O EN EL LUGAR QUE DIOS ME LLAME

María Guadalupe Reyes Meraz¹

Octubre 2022

“Persistencia, perseverancia, paciencia, cuando algo no funciona siempre hay una solución, no fracasé, solo descubrí más de 1000 maneras de cómo no hacer una bombilla”. Thomas Alva Edison.

¡Y todo cambió!, aprendimos a que las clases escolares habían cambiado y la forma en que lo hacíamos no nos iba a funcionar en un tiempo. ¿Cuánto? Era incierto, lo único seguro que teníamos es que todo era incierto.

Paciencia, todo tiene solución. La pandemia nos movió de nuestra zona conocida en el ámbito escolar y, de un día a otro, tuvimos que movernos a un nuevo ambiente, un poco desconocido para unos, muy desconocido para otros y para todos desafiante, porque no todos los maestros estábamos sumergidos en la tecnología y muchos de ellos se resistían a que fuera parte de sus herramientas diarias en sus aulas.

En pandemia fue la oportunidad de enfrentarlas, tomarlas sí o sí. Y con el apoyo de sus instituciones educativas y personal capacitado en tecnología, superarlas en tiempo récord.

Para padres de familia y alumnos también fue un reto enfrentarse a esta nueva modalidad, las clases eran en casa y a través de una pantalla y, en algunos hogares, lo único que tenían disponible en ese momento, era un celular. Otro aprendizaje, ser empáticos con alumnos y papás, ya era mucho el estrés que estábamos viviendo; para qué exigir más y presionarlos a que tuvieran un determinado equipo de cómputo para conectarse, tomar las clases y enviar tareas y trabajos.

¹ Maestra de Computación, Preescolar y Primaria, Escuela Carlos Pereyra, Torreón, México. Artículo publicado en el Boletín Octubre-Noviembre 2022, del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales en América Latina y El Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús.

El acompañamiento y contacto que maestros tuvimos a través de plataformas educativas con nuestros alumnos fue impresionante. Nuestros estudiantes y sus papás podían enviar sus evidencias y tareas, estar en comunicación con mensajes y correo electrónico, además de mostrar sus avances y calificaciones, sacar el mayor provecho de una variedad enorme de herramientas tecnológicas que, a la fecha, se siguen empleando ahora también en sus clases presenciales.

Calificar de forma diferente no tradicional, confiar en que las tareas y trabajos que se enviaban eran en verdad realizadas por nuestros alumnos y no por sus papás. Cuántos medios de evaluación teníamos a nuestro alcance tecnológicamente hablando... y faltaba esa cercanía con nuestros niños, esta parte que no tiene reemplazo.

La misión del maestro fue preparar clases creativas e innovadoras, inimaginables tiempos atrás. Tal vez, nos convertimos en directores de escena, jefes de montaje y equipo técnico, creadores de video y paisaje, productores de música, estrategias para evitar un monólogo frente a la cámara y tener participación de los oyentes que estaban detrás de otras cámaras a metros de distancia; los responsables de cuidar el rating de nuestra clase, que fuera divertida, entretenida y estar seguros de que nuestro público estuviera también en cámara y sin presión de escuchar el micrófono encendido al unísono, además de los primeros de estar siempre presentes a cuadro, así como de terapeutas en vivo de niños y adultos, ingenieros y técnicos para resolver lo que se presentaba con el equipo del maestro y con la diversidad de dispositivos que los niños tenían en casa... y mucho más.

Aprendimos más de la tolerancia y empatía al descubrir que en nuestros alumnos aquel chico o chica callado(a) o tímido(a) se convertía en el que siempre quería participar en todas las clases; mucho más de la paciencia al contestar preguntas de esas mentes curiosas, juguetones por momentos, en otras intranquilos y con miedo por la incertidumbre de lo que pasaría al día siguiente, y de esos cuadros ausentes en los que sólo aparecía el nombre del alumno pero nunca respondían un presente en el pase de lista; además, aprendimos en el estar, en la misma clase, maestro, alumnos, padres, hermanos, tíos, amigos, abuelitos, que en alguna ocasión también preguntaban en clase dudas e inquietudes. Aprendimos a poner nuestra autoconfianza a prueba, asimilando de nuestros errores y motivándonos por superar nuestras limitaciones.

La sociedad en la que estamos sumergidos, sin excusas, nos lleva a un cambio constante, pero ahora sin preguntarnos y sin avisar, a un cambio abrupto con la llegada del Covid-19, mostrándonos desafíos no antes vistos y que llegaron para permanecer bastante tiempo o ser ya permanentes en nuestras vidas, que quedarán grabados en la historia de la humanidad. Aunado a esto, nuestro mundo es cada vez más competitivo, global, dinámico; enfrentándonos a conceptos de calidad e innovación, congruencia académica, cobertura,

equidad, humanismo, compromiso, pertenencia, ética y solidaridad en relación con las necesidades del país y del mundo en que vivimos.

“Los maestros somos seres comprometidos doblemente con la ética y en eso esta profesión es casi única.” (*Ética, Prejuicios y Educación*. Castellano, Hugo M.). Por supuesto, es caer en la cuenta, quienes no somos maestros por una vocación ya intrínseca sino por un gusto de estar ahí en un centro educativo, o cuando por motivos como una pandemia, por ejemplo, nos quieran proponer y estar frente a un grupo de jóvenes y/o niños a quienes hay que enseñarles los valores y, más allá una herramienta educativa, tecnológica, es lo que se te presenta, ¿cómo vas a aplicar lo que la vida te está preparando en este presente?, de forma tal que podamos estar tranquilos de que los resultados en nuestros educandos serán para su mejor desempeño dentro del mundo que les ha tocado vivir, ya que la ética del educador trasciende al acto educativo.

Los maestros no deben conducir sino acompañar, que el alumno aprenda de sus experiencias, que comprenda las cosas, sea co-responsable con su entorno y con lo que la vida le otorga en su vida presente. Es preferible dar libertad, promover el razonamiento, favorecer el análisis y propiciar el descubrimiento antes de regular, imponer u obligar a aprender.

Hay muchas exigencias que nos marcan nuestras sociedades por diversas razones, como lo menciona Silvia Schmelkes (*Educación y Valores: Hallazgos y Necesidades de Investigación*): el cambio constante que se va dando en la economía y en la sociedad, con frustraciones y sentimientos de impotencia, la pérdida de valores y la competencia individualista del “sálvese el que pueda”, democracias imperfectas, la discriminación, entre muchos más... y agregaría que son cambios que nos toca enfrentar para salir adelante, porque es la única opción, no hay más.

Poseer la técnica para pescar es imprescindible para hacerlo bien, pero tener caña, anzuelo, cordel y toda la habilidad del mundo no sirven de nada si no pescamos. Tener todo, para ofrecerles a nuestros alumnos la mejor de las cátedras, no sirve de nada si no me sumo desde mi aula, ya sea en la escuela o desde una pantalla electrónica o donde Dios me ponga en ese momento, si no veo en mis alumnos su potencial, sus deseos de crecer, sus sueños por lograr y hacer de sus aprendizajes la semilla que crecerá tan fuerte como ellos lo decidan.

Ser maestro es más que transmitir conocimientos acumulados y ponerlos al alcance de sus alumnos. Y si bien es cierto que yo no puedo cambiar el paradigma de educación, los métodos y enfoques planteados, sí puedo desde mi conciencia trasladar a mi aula, a mis alumnos, mi observación hacia ese potencial que se manifiesta en sus preguntas, en sus trabajos, en sus aparentes limitaciones; mi interés en sus inquietudes, mi apoyo en sus

habilidades o falta aparente de ellas, mi oído a sus ideas, mis ojos a su creatividad y, sobre todo, mi corazón a su persona. Y como maestros podemos trascender nuestras propias limitaciones, transformándonos en esos jardineros, en esos seres humanos capaces de ayudar a florecer a cualquier semilla que pase por nuestro jardín. No sé si en mi trayectoria como maestra he dejado huellas o cicatrices; de lo que si estoy segura es que por lo que me resta en esta misión estaré vigilante, atenta a cualquier indicio de que tengo en mi jardín a un Alva Edison.